P. PICA Y PECA

LOS PREDESTI

1
230809



COLECCIÓN INOCENTE

10 CTS.

1
230809

47/1434921

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

LOS PREDESTINADOS

I

¡GUERRA A LA REPRODUCCIÓN!

El doctor Altea tenía un consultorio reputadísimo y para someterse al reconocimiento del popular galeno había que hacer interminable cola. El doctor Altea gozaba de fama univesal y se hacía pagar sus consultas a un precio exorbitante y hasta por anticipado en la mayoría de los casos: sabía explotar la popularidad, y hacía muy bien.

Aquel día estaba atareadísimo; la consulta no se acababa nunca; salía de su despacho un paciente y entraba otro, con una sucesión desesperante y aterradora.

Hay que decir que el doctor Altea, quien, según sus envidiosos compañeros, había sido un mal medicucho rural, era especialista en enfermedades de la mujer, pero no enfermedades secretas, entiéndase bien, sino de las otras, de las que no se quiere y a veces no se pueden ocultar.

Convendrá el lector en que en los tiempos modernos, en que la mujer sufre tantos achaques, el doctor había acertado dedicándose a tal especialidad, y la fortuna le sonreía, como sonreía

R-3189525

él también para sus adentros, cuando recibía la visita de infinidad de mujeres que no sufrían nada, que sólo una leve afección nerviosa las llevaba desoladas a su consultorio, donde algunas empezaban *ipso facto* a recibir consuelos; porque el señor Altea lo mismo servía para un fregado como para un barrido, pero sobre todo para un fregado.

Abrióse la puerta mampara y penetró un nuevo cliente, haciendo mil reverencias.

El famoso especialista estaba examinando una fórmula rara, hallábase enfrascado en profundos estudios y no se dignó levantar la cabeza.

Se trataba de una consulta y se limitó a pronunciar la frase de costumbre, que le servía para abreviar y ganar terreno.

—¡ Desnúdese usted !

—No es para mí la consulta—observó tímidamente el recién llegado—. Es para mi mujer.

—Pues que se desnude su mujer—replicó el otro, sin dejar de estudiar la trascendental fórmula que tanto le preocupaba.

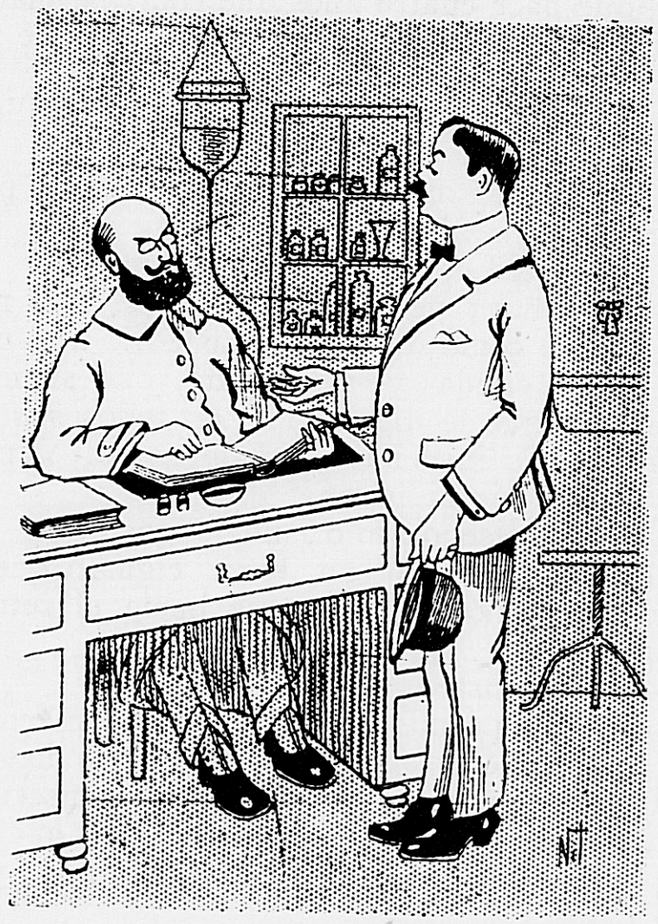
—Es que mi mujer no ha venido—volvió a decir el cliente, algo turbado por aquella escena que no le agradaba mucho, al parecer.

Entonces se dignó levantar la vista el doctor Altea y se fijó en el visitante.

Era un tipo vulgar, aunque su indumentaria quisiera ser elegante : sanote, ni grueso ni delgado, bien conformado y bastante alhajado ;

parecía un ricachón, a quien el dinero no había podido darle la distinción que tanta falta le hacía.

—Veamos — exclamó el médico, después de



—Explíquese usted.

haberle observado un instante con ese ojo clínico que tanto le caracterizaba—, explíquese usted y sepamos lo que le trae a mi consultorio.

Y le indicó una silla.

Don Burgundófero Selenisco tenía que hacer una consulta gravísima y de importancia capital para él, con lo cual está hecho su retrato.

—Es el caso, señor doctor—empezó diciendo—, que hace cuatro años que contraje matrimonio con una mujer hermosísima, aunque me esté mal el decirlo.

—Al contrario, debe usted sentirse orgulloso y satisfecho.

—No tan satisfecho como usted supone—prosiguió el señor Selenisco.

—¿Es usted celoso? ¿Acaso le engaña?

—No, señor; pero, mire usted, es una mujer... no sé cómo decírselo a usted... una mujer... muy cálida y vehemente, que siempre quisiera... que le diera gusto en todos sus caprichos... Es insaciable, créalo usted. Y póngase usted en mi lugar...

—Gracias, señor mío; no lo gasto.

El doctor rechazó un buen cigarro que le ofrecía el visitante, mientras hacía el retrato de su esposa.

—Prosiga usted.

—Con su permiso. Yo cumplo con exceso mis deberes conyugales, y aunque lo hago a gusto, siempre tengo que tocar las consecuencias. Figúrese usted... en cuatro años que llevamos casados tenemos ya cuatro hijos, y a este paso...

—Ni una inclusa.

—Y aunque a mí me gustan bastante los niños, el mundo anda muy mal, los negocios están paralizados y no se gana lo suficiente para educar decorosamente a todos los vástagos que vayan saliendo a luz.

—Creo que le he entendido a usted, caballero—exclamó el doctor Altea, después de una breve pausa, que empleó en recapacitar algo de importancia que a lo mejor no tendría relación alguna con la consulta que se le hacía en aquellos momentos.

—Seguramente, señor doctor—confirmó don Burgundófero—. Yo deseo algún específico, un medicamento infalible, que evite la reproducción y nos libre por ahora de esa irrupción infantil que amenaza acabar con nuestro pequeño capital. Estoy dispuesto a sacrificarme y seguir al pie de la letra sus prescripciones.

—Han de ser muy duras, se lo advierto—observó el señor Altea.

—No importa. Más duro es esto.

—¿Cuál?

—Lo que me ocurre a mí.

—Pues bien, he aquí mi prescripción.

Y después de redactar una receta con esa letra endiablada que sólo la entienden los boticarios, añadió:

—De este jarabe tomará usted una cucharada después de cada comida.

—La tomaré. Eso es fácil.

—Además, y esto es lo principal, separación completa de cuerpos. Usted ha de dormir en habitación distinta de la de su esposa y nunca han de verse a solas.

—¡Hum, hum!—refunfuñó don Burgundófero.

—No hay más remedio, o no respondo.

—Pero eso no será eternamente.

—No, señor; mientras no produzca sus efectos el jarabe.

—¿Y luego?

—Luego podrá *verla* sin el menor peligro para la reproducción.

—Conformes.

—Me debe usted diez duros por la consulta.

—Como estos.

Y le tendió un billete de cincuenta.

Cuando ya se despedía el cliente, el médico le hizo la última observación :

—Nada de aproximaciones. Venga usted a verme dentro de una semana para que le reconozca y observe los efectos de mi medicación.

Y se retiró satisfecho don Burgundófero, y con diez duros de menos en el bolsillo.

El doctor volvió a enfrascarse en sus estudios y cavilaciones.

II

LA ETERNA HERENCIA

El doctor Altea estaba preocupadísimo y no le faltaban motivos para ello.

Es el caso que su ambición no tenía límites, y aunque su posición era harto desahogada y envidiable, todavía anhelaba más ; deseaba poseer una herencia, que se le iba de las manos, a él, al hombre talentudo y arrojado, porque hay que reconocer que sus compañeros no llevaban razón cuando le trataban de bruto, de charlatán, de medicucho de aldea : el famoso especialista sabía mucho, como verá el lector en el transcurso de este relato.

El doctor Altea tuvo un tío que hizo una respetabilísima fortuna en América y cuando murió le instituyó su heredero universal, pero a condición, como ocurre en muchas novelas, que había de tener un hijo al cabo de un año. De ese modo usufructuaría él los milloncejos, que pasarían, después de su muerte, al nene. De lo contrario, la fortuna entera quedaría en beneficio de los pobres, y esto era lo peliagudo.

Excusamos decir los libros que consultaría el doctor, lo que estudiaría aquel hombre para

lograr engendrar un hijo, pero todo en balde ; su naturaleza, y él lo sabía muy bien, como médico especialista en los órganos genitales, no era apta para la procreación.

—¡ Y yo no debo perder esos millones !—terminó una vez diciendo el señor Altea, paseándose agitado por la habitación.

Acudió su esposa.

Era una mujer joven, tan joven que podía parecer su hija. Vestía un ligero matinée que dibujaba descaradamente sus hermosas formas, y su abultado seno y sus lujuriosos y soñadores ojos excitaban al más frío en materias de placer.

Su interesante palidez parecía ser el signo de la abstinencia carnal o síntomas del exceso y el abuso.

Y tenía Clarita, así se llamaba la joven, un defecto capital, adquirido tal vez por el roce constante con su marido : también era ambiciosa, y por consiguiente, su obsesión perpetua era aquella herencia que se escapaba de sus manos, y no por culpa suya, como le constaba a su marido, en su doble cualidad de esposo y médico.

Volvieron a hablar por milésima vez de lo mismo.

—¿ Y no se te ocurre nada, Alfredo ?—preguntó la mujer—. Esa fortuna nos haría felices : viajaríamos, disfrutaríamos...

—Sí, sí ; pero, hija mía, no encuentro la solución. Es decir...

—¿ Qué ?—exclamó ansiosamente Clarita.

—Sólo hay un medio... pero es tan violento... Hasta me resisto a enunciarlo solamente.

—¡ Habla, habla !

—No, no ; yo mismo me sublevo ante tal idea... Y sin embargo...

—¿ Conseguiríamos la herencia ?

—Indudablemente.

—Pues a todo estoy dispuesta, incluso a...

—Es que el sacrificio nos alcanza a los dos por igual. Vamos, tanto como por igual...

—Explícate, porque me tienes en ascuas. Sácame de esta incertidumbre.

El doctor se atrevió a hablar. Tenía madurado el plan y lo expuso con sencillez y claridad.

—Se trata—empezó diciendo—de tener derecho para reclamar la herencia de mi tío, o sea, llenar la cláusula que contiene el testamento.

—Pero, ¿ cómo se llena ? ¿ Quién tiene la culpa ?

—Yo, desgraciadamente.

—Pues a ti te hago responsable de la desgracia y tú tienes que repararla—exclamó Clarita exaltándose.

—¿ Quieres, verdaderamente, una reparación ? ¿ Harás cuanto sea necesario ?

—¿ Pero querrás acabar de una vez ?

—Pues oye. Mi naturaleza es impotente para llenar la consabida cláusula...

—Ya lo sé ; ya me consta.

—Pero a falta de mi naturaleza inútil, digámoslo así, puede haber otra que valga para el caso que nos preocupa.

—¡ Vaya una salida !

—Vamos a la entrada ahora.

—Adelante.

—Entre mis clientes hay un tipo bastante brutò y cuya *competencia* está harto demostrada, con gran sentimiento suyo.

Y el doctor Altea relató detalladamente a su mujer el caso de don Burgundófero Selenisco, presentándole como el único, por sus condiciones morales y materiales, para hacer que pasase la herencia al matrimonio, poniéndole en estado de reclamarla legítimamente, pòr haber llenado todas las cláusulas del testamento.

—¿Pero se prestará él a nuestro juego?—preguntó la esposa, después de un momento de meditación.

—Es que no se ha de enterar de nada.

—No te comprendo.

—Sencillamente, se trata de que le seduzcas tú con esa coquetería y ese arte que tanto caracteriza a las mujeres.

—¿Tú me lo presentarás?

—Indudablemente; haré ese sacrificio. Quedó en volver a los ocho días y lo espero mañana.

—¿Y es guapo?

—¡Esa pregunta...!

—¿Vas a tener celos ahora?

—Y siempre. Créete que transijo...

—Como yo.

—Y que una vez consumada la suerte...

—Yo me encargo de darle la papeleta. ¿Has pensado ya la forma de la entrevista?

—Todo lo tengo previsto hace días, pero no me atrevía a proponértelo. Es tan duro... porque el que no sabe su deshonor...

—¡Pocos serán! Lo que ocurre es que casi todos van a gusto en el machito y se hacen los ignorantes.

—¿Quién te ha enseñado a discutir así?

—No te importe ni te des por aludido.

—Por lo menos te daré un beso en esa boca, que es un piquito de oro.

Y los dos *socios* se besaron amorosamente, como si les cegara la pasión y fueran felices y honrados.

El autor se permite hacer el siguiente comentario:

—¡Cuántos como estos hay por esos mundos de Dios o del diablo!

III

EL PRIMER RESERVA

Al día siguiente se presentó en el consultorio el animal, con trazas de persona, de don Burgundófero Selenisco, siendo recibido inmediatamente por el doctor Altea.

—¿Cómo anda eso?—le preguntó el especialista.

—Muy bien. El jarabe me sienta a las mil maravillas y no me repugna, como supuse al principio. Tiene un sabor a agua de azahar muy agradable.

Y eso era la pócima, dicho acá para *inter nos*, ahora que no nos oye el famoso especialista: un poco de agua coloreada, algo de azahar y dos o tres materias inofensivas y sin la menor virtud medicinal.

Lo esencial de la medicación recetada consistía, como comprenderá el lector, en la completa y absoluta separación de cuerpos, en la abstinencia carnal, remedio el más seguro para evitar la procreación.

Aunque... Pero no adelantemos los acontecimientos.

—¿Y las demás prescripciones?

—Las observo al pie de la letra.

—¿Su esposa...?

—Duerme en otra habitación.

—¿Supone algo?

—Y parece que no lo siente mucho. La pobre ha comprendido que se impone el sacrificio, si no queremos ir a la bancarrota y se somete resignada, esperando que llegue la hora del desquite.

—Y llegará, créalo usted. A la tercera botella que consuma usted de esa medicina quedará inmune y podrá *accionar* impunemente.

—Crea usted que lo cogeré con gana, señor doctor.

El señor Altea lo contempló con aire diabólico y satisfecho. Aquel hombre estaba en su punto, pletórico de salud, de energía y de deseos.

De venir bien la cosa, bastaría una sesión para hallarse en camino de la codiciada herencia.

¿Quién lo había de saber? Don Burgundófero harto haría con callar, máxime ignorando el objeto principal, lo que motivaba la conquista que se le presentaba espontáneamente y en la mejor ocasión para su naturaleza excitada.

—Pues nada—agregó el doctor—, ahí va otra receta para que le den a usted en la farmacia la segunda botella, y a no desmayar. Sobre todo, la separación de cuerpos, ¿eh? Nada de aproximaciones peligrosas.

—Descuide usted.

—¡Ah! Me debe usted diez duros.

—Ahí van.

Y volvió a soltar otro pápiro de cincuenta el imbécil de don Burgundófero.

Iba a darse por terminada la consulta, cuando apareció la esposa del doctor, haciendo irrupción en el despacho.

El cliente se levantó y saludó con respeto y admiración.

—Mi esposa. El señor Selenisco, un paciente *sui géneris*—dijo el doctor haciendo las presentaciones.

Ella le tendió la mano sonriente, envolviéndole en una mirada de fuego que volvió turulato a don Burgundófero.

—¡Vaya una mujer!—pensó para su capota—. Una cosa así debiera recetarme el médico en vez del agua de azahar o lo que sea el específico ese.

El doctor tocó el timbre y apareció el criado.

—¿No quedan más visitas?

—No, señor.

—Pues se puede retirar.

Luego, dirigiéndose al señor Selenisco, dijo:

—Como le considero uno de mis enfermos predilectos, voy a invitarle a usted a tomar el vermouth, si no le causo molestia.

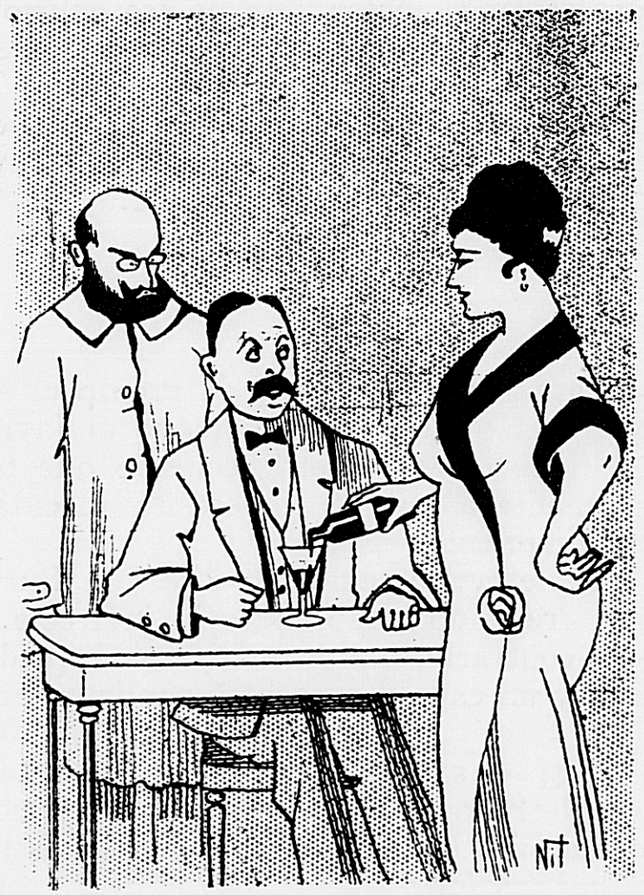
—Al contrario, acepto con mucho gusto—replicó el otro, regodeándose ante la idea de poder contemplar un rato a aquella mujer hermosísima, que estaba incitante con su traje vaporoso, propio para andar por casa y hasta para volver loco a uno menos hambriento de amor que él.

—Sírvenos, Clarita — le dijo su marido—. Haz los honores a nuestro cliente.

La joven se aproximó a don Burgundófero, escanció en su copa el vino quinado, que se llama aperitivo, quizás porque sirve para todo lo

contrario, o sea para quitar las ganas de comer generalmente, y al acercarse le rozó negligentemente y como por descuido.

Al señor de Selenisco se le pusieron de pun-



La joven se aproximó a don Burgundófero...

ta los pelos, los huesos y todo su cuerpo en general.

Ella se sentó a su lado, recogióse un poco la falda y dejó ver el nacimiento y algo más de la pierna, una pantorrilla escultural, torneada,

encerrada en riquísima media de punto tan claro, que a través de su malla se veía una carne ebúrnea, sonrosada, hecha tal vez para besarla, para morderla con furia sexual, durante la calentura amorosa, precursora de ese delirio que tiene un momento supremo de placer y de enervamiento luego.

El doctor no perdía de vista al *socio* y comprendía que se animaba por momentos a la vista de lo que adivinaba, mejor que veía.

—¡Caramba! — exclamó de pronto el señor Altea—. ¡He sido un inoportuno al invitarle hoy! Precisamente ahora recuerdo que tengo una consulta a las dos y necesito ausentarme precipitadamente.

—Yo me retiro también—dijo don Burgundófero, creyendo comprender la indirecta.

—Al contrario, amigo mío; usted queda en su casa y mi esposa procurará suplir mi ausencia.

—Sí, sí — añadió Clarita—, tome usted su vermouth tranquilamente y aquí charlaremos un rato como dos buenos amigos. ¿No lo es usted ya de mi marido?

Don Burgundófero no sabía si alegrarse o sentirlo; pero antes de darse cuenta de ello, el doctor Altea le estrechó la mano y desapareció, no sin decirle antes:

—Ya lo sabe usted; está usted en su casa; dentro de ocho días vuelva por aquí para saber cómo le prueba la medicación. No se olvide del

detalle de la separación de cuerpos. Es lo primordial.

Y se quedaron solos Clarita y el señor de Selenisco, muy cerquita uno del otro y con las copas de vermouth a medio apurar.

IV

LA CONQUISTA DE LA HERENCIA

Apenas se hubo marchado su marido se levantó presurosa la joven y cerró la puerta con llave.

Don Burgundófero se sobresaltó, pero ella, volviendo a sentarse a su lado, le tranquilizó, diciéndole con mimo:

—¿Tiene usted miedo a una mujer sola?

—Ni a dos mujeres solas tampoco—replicó él, despabilándose un tanto.

—He cerrado para que no venga nadie a importunarnos, porque quiero que me cuente usted su dolencia extraña. Me ha intrigado lo que ha dicho mi marido al marcharse.

—No recuerdo.

—Eso de la separación de cuerpos.

Y al decir esto se acercó un poquito más al señor Selenisco.

Este echaba lumbre y apenas podía contenerse. Aquella mujer le tentaba moralmente y temía cometer una barbaridad que quizás pudiese costarle caro, porque, ¡cualquier enfermo que se halle en tratamiento se atreve a ponerse frente a su médico! La venganza sería terrible.

—Vamos, hable usted sin miedo — insistió Clarita, echándole familiarmente un brazo por el cuello—. Mi marido tardará algunas horas en regresar y podemos charlar libremente sin temor a ninguna sorpresa desagradable.

—¡Cuerno! — pensó don Burgundófero, pasándose la mano por la frente—. A esta mujer puede ocurrirle lo mismo que a mí; acaso la abstinencia la tenga excitada, y yo sería un tonto si no aprovechase la ocasión, que buena falta me hace. Además, ¿por qué ha de enterarse el médico?

Y se dejó querer.

Se atrevió a pasarle el brazo por la cintura y tanteó con la mano suavemente los dos globos eréctiles, redondos, duros y sonrosados que ostentaba la joven en el mismo sitio que los hombres lo tenemos raso o ligeramente abultado.

Y jugueteando con aquellas carnes apetecibles y seductoras y continuando a la sordina sus exploraciones por las regiones centrales y subsiguientemente inferiores, don Burgundófero refirió a Clarita los motivos que le habían obligado a acudir a la consulta de su esposo.

—¡Ay!—exclamó la joven, como si volviese de un desmayo—. Usted y yo somos contrarios en ideas y deseos. ¡Cuánto daría por tener un hijito!

—¡Pues lo deja usted por poco!

—¡Pillín!

Y tocándole la cara con zalamería se abandonó en sus brazos.

El cliente se aprovechó de la ocasión, que en aquel caso no era calva, sino muy peliaguda, y dirigiendo una mirada inquisitiva por la habitación, vió en un ángulo una otomana, colocada

allí quizás para apagar momentáneamente la sed de pasión, y en ella depositó brutalmente, con la fuerza animal de la lujuria, el precioso y delicado cuerpo de la joven.

Esta quiso resistirse, pero el deseo la había



—¡Prudencia sobre todo!

excitado extraordinariamente. Además, ¿no se trataba de la conquista de una herencia? ¡Pues a la pelea!

Y la batalla se libró en el propio consultorio

y hubo cuatro o cinco ataques a la bayoneta que dejaron extenuados a los combatientes.

... ...

—¡Adiós, y prudencia, sobre todo!

Y Clarita besó por última vez a don Burgundófero, que aunque bruto y vulgarote, había cumplido como un hombre.

Convinieron en verse en lo sucesivo, guardando las debidas precauciones, y se separaron los dos amantes.

Así pasó una semana, así pasaron dos semanas, tres semanas, haciéndose el tonto el doctor Altea, viéndose secretamente los otros dos y sin adelantar un paso.

—¿Pero tú no sientes nada?—le preguntaba intrigado el señor Altea a Clarita.

—Nada; en mi cuerpo no se advierte el menor cambio de naturaleza.

La sometió a varios reconocimientos y, en efecto, no se advertía el menor síntoma de que aquella mujer se hallase en camino de ser madre.

—Continuemos una semana más y si no resulta... ¡oh! Si me engañase doblemente, lo estrangularía.

—Continuemos—dijo ella, resignada al parecer...

Y siguieron los consabidos ataques, pero no en la otomana ya, sino en sitio más cómodo para el desarrollo de las operaciones.

Clarita, como ya hemos dicho anteriormente, sentía con pasión el feo vicio de la avaricia, que

a veces suele romper el saco, según aseguran los que no tienen dos pesetas y desearían tal rotura por si podían aprovechar algo.

Y como su eterna obsesión eran aquellos millones de la herencia, se entregaba con furia, digámoslo así, al animalote de don Burgundófero, como si quisiera extraerle de lo más recóndito de su cuerpo la razón de derecho que después debía servirle para poder reclamar legítimamente la malhadada herencia de aquel tío americano.

No era la ilusión carnal, harto satisfecha, saciada hasta producir náuseas lo que la impelía en aquellas entrevistas tan frecuentes como alarmantes para el señor Selenisco, que ya se arrepentía de haber entablado relaciones íntimas con una mujer que le daba ciento y raya a la suya propia en eso de la calentura pasional.

—Falta me hacía un verde—monologaba—, pero ya es demasiado para un hombre solo.

—Vuelve a la noche : estaré sola ; mi marido tiene una consulta y no regresará hasta la madrugada—le decía ella con mimo, despidiéndole con fingido cariño.

Y cada vez con cualquier otra disculpa le hacía que fuese a verla tarde y noche, todo, como es consiguiente, con permiso y en connivencia con el sinvergüenza del marido.

—Pero, Clarita—decía el otro, con espanto—, estamos abusando demasiado, y yo lo siento por ti.

Mentía descaradamente el zángano, porque verdaderamente él mismo comprendía que se debilitaba por momentos y que sentía a ratos unos mareos extraños, que achacaba con fundamento a aquel ajetreo a que estaba sujeto desde

el funesto día que se le ocurrió ir a la consulta del famoso galeno.

—¡ Qué importa ! — replicaba ella—. ¡ Qué mayor placer que el de morir en tus brazos amorosos, rico mío !

También le quedaba a Clarita otra en el cuerpo : mentía con la mayor frescura, como puede suponer el lector.

El caso es que don Burgundófero acudía a todas las citas y como la mujer era apetitosa y ella desplegaba toda su coquetería para excitarle, las escenas lúbricas se repetían con rapidez aterradora.

Transcurrió la semana de gracia, que maldita la que le hizo al médico, pues todos los experimentos que realizaba en su mujer para averiguar su estado resultaban desconsoladores.

—¡ Nada, que no me lo explico !—decía, iracundo—. Aquí se encierra algún secreto, algún misterio que no alcanza a mi penetración. Y sin embargo...

V

ANSIEDAD

Esperaba el doctor Altea con impaciencia suma la presentación en su consulta de don Burgundófero.

Lo que ocurría le tenía trastornado y descompuesto.

—¿Es decir—exclamaba indignado hablando para sí mismo y para las sillas vacías de su despacho—que he consentido en ser... para esto? ¿De modo que después de prestarme a... resulta que se me escapa la herencia?

Y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, prosiguió diciendo:

—Aquí se encierra un grave misterio. Ese individuo es apto para la procreación, pues en cuatro años que lleva de matrimonio tiene cuatro hijos. Mi esposa no le va en zaga, y si no ha tenido cuatro hijos también, merecía tenerlos y ya sé dónde reside la falta, desgraciadamente. *Quare causam*?

El lector habrá podido comprobar que la mitad de las citas que hacía el doctor Altea eran en latín, lo cual demuestra una pedantería lamentable. La otra mitad las hacía... él sabría

dónde, y no merecen comprobación, por nuestra parte, es decir, por parte del autor, cuando menos.

Faltaban pocos meses para que expirase el plazo señalado para reclamar la herencia y Clarita no daba la menor señal de estar en condiciones de pretenderla.

¿Dónde estaba el hijo salvador y redentor de aquellos millones, que irían a parar, seguramente, a manos proletarias, que no sabrían emplearlos como ellos pensaban hacerlo?

Era para volverse loco.

Un reconocimiento concienzudo demostró al doctor Altea que Clarita, a pesar de sus buenas intenciones, no había conseguido recoger en su seno los prolegómenos, valga la frase, de la maternidad.

Aquel día fué aciago para los clientes del doctor.

Equivocó lastimosamente los diagnósticos, metió la pata repetidas veces, como suele decirse vulgarmente, y comprometió su fama universal por la obsesión que le dominaba.

¡Y aun faltaban cinco días para que don Burgundófero acudiese a la consulta en busca del alta prometida, para dedicarse con toda impunidad a su esposa bien amada!

Cinco días de angustias, de incertidumbres y desvelos. Le devoraba la ansiedad. Por adelantar el calendario cinco días hubiera dado cinco años de existencia.

Porque él quería arriesgarlo todo: quería so-

meter a un reconocimiento minucioso a su cliente, para comprobar que era apto, en efecto, para la procreación.

Y si no lo era, ¡ pobre de él ! Su venganza sería terrible.

El criado entró en el despacho diciendo que la consulta quedaba terminada por aquel día, pues no había ya ningún cliente en la antesala.

Y ya se disponía el doctor a retirarse a sus habitaciones particulares, cuando hizo irrupción en el gabinete el propio don Burgundófero de Selenisco.

VI

LA PREDESTINACIÓN

El señor Altea pudo contener apenas su emoción.

Por otra parte, el visitante parecía también visiblemente conmovido. Tuvo que sentarse y descansar un rato para poder romper a hablar.

—¡ Ay, doctor... !—empezó.

—¿ Qué ocurre ?—dijo el otro alarmado.

—¡ Ay, señor doctor... ! — repitió don Burgundófero.

—¿ Pero quiere usted acabar de lamentarse ? Al grano, al grano.

—¡ Ay, no es malo el que acaba de salirme a mí !

—¡ Vamos, explíquese usted, porque si no... ! —exclamó descompuesto el doctor Altea.

—¡ Pues no es nada lo del ojo !

—¿ De qué ojo habla usted ?—preguntóle alarmado.

—¿ Usted me dió una receta infalible, para evitar la reproducción de la especie, verdad ?

—Infalible, sí, señor.

—¡ Así lo creía usted !

—Y lo sostengo, ¡ qué canastos ! Yo no me equivoco nunca.

—Perdone usted ; lo que es ahora la ha errado, y no digo la ha metido...

—Déjese usted de meter y hable con claridad y sin rodeos.

—Pues bien, es el caso que esta mañana, durante el almuerzo, mi esposa ha aprovechado una leve ausencia de la criada para participarme...

—¡ Qué ! — preguntó ansioso e intensamente pálido el doctor.

—Para participarme que voy a ser padre otra vez.

—¡ Miente !

—No, señor, porque me ha convencido prácticamente. Yo soy un tocólogo excepcional.

—¡ Esto es para volverse loco !

—¡ Eso digo yo ! Porque este será el quinto.

El doctor Altea se creía presa de una pesadilla. Se pasó la mano por la frente, como para coordinar las ideas y después de una larga pausa le preguntó :

—¿ Usted ha seguido al pie de la letra mis prescripciones ?

—Sin deslizarme lo más mínimo.

—¿ El jarabe... ?

—Lo he tomado al final de cada comida.

—¿ La separación de cuerpos... ?

—Completa. Yo tengo mi habitación y ella la suya.

—¿ De día... ?

—Nos hemos visto durante las horas de la comida y siempre ante testigos inconscientes.

—¿ Y de noche ?

—Ni agua. Cada uno en su dormitorio y pare usted de contar.

—¡ Repito que es imposible !

—¡ Y yo le digo a usted que pronto seré padre otra vez ; dentro de seis o siete meses, si no se adelantan los acontecimientos. Me consta, señor Altea ; soy ya muy práctico en esas cosas.

—¡ Pues vuelvo a negarlo !

—¡ Es claro !—exclamó don Burgundófero—. Usted no confesará nunca que su método especial falla muchas veces.

—¡ Jamás !

—¡ Pues el ejemplo está a la vista !

El lector comprenderá que el famoso especialista podía hacer hincapié en su medicación infalible.

—Y sin embargo...

De pronto le soltó la siguiente pregunta a boca de jarro :

—¿ Y no ha sentido usted ninguna noche vehementes deseos de hacerle una visita a su mujer ?

—¡ Muchas !

—¡ Ya le cogí ! Usted ha faltado a mis prescripciones.

—¡ No, señor, le repito !

—Explíquese usted.

—Verdaderamente he sentido alguna vez la necesidad de... decirle algo a mi esposa, pero como me conozco...

—¡ Qué !

—Tomé mis precauciones para no faltar al método que usted me impuso.

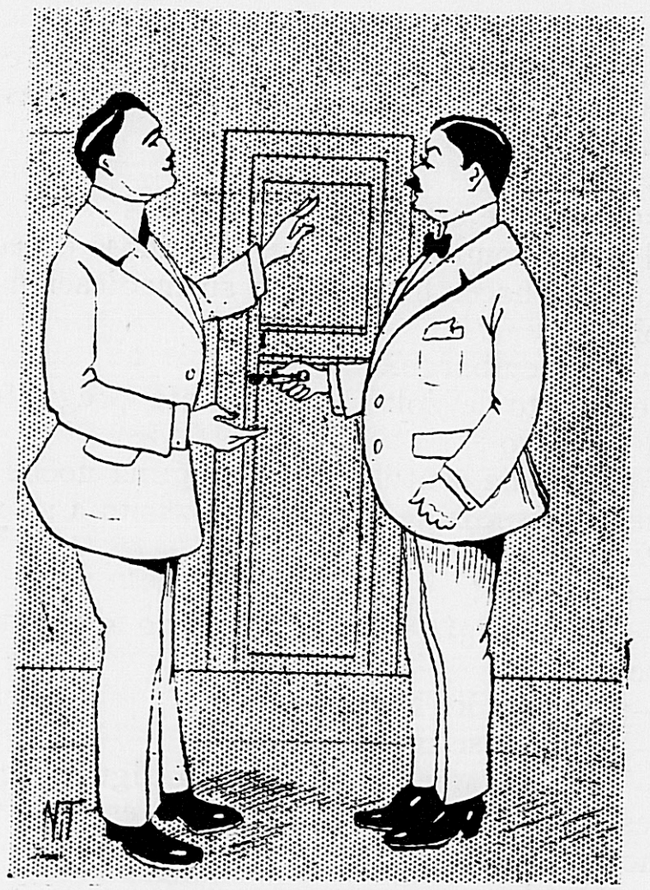
—Veamos esas precauciones.

—Pues sencillamente han sido éstas. Al acostarme le daba las buenas noches a la mártir de mi esposa, la encerraba en su dormitorio y le daba a Alfonso la llave para que me la guardase

hasta el día siguiente, con orden de que no me la entregase aunque se la pidiese de rodillas.

—¿ Y quién es ese Alfonso?

—Un primo de mi mujer, que se ha prestado



—... Le daba a Alfonso la llave...

gustoso a tal sacrificio, velando por la estricta observancia de la medicación que usted me impuso.

—¡ Mil rayos !—exclamó el doctor dando tan

fuerte puñetazo en la mesa, que saltó haciéndose añicos una calavera de pasta que tenía allí para sus estudios craneanos—. ¿ Y por qué no me ha presentado usted a ese primo?

—¿ Para qué?

—¡ Porque hubiera sido mi salvación !

—¡ No comprendo... !

—¡ Ya se lo explicaré yo a usted, so mamarracho, so ca... !

—¡ Pero serénese usted !

—¿ Y usted cree ser el padre de sus cinco hijos, contando con el próximo?

—¡ Pues quién va a ser !

—¡ Pregúnteselo al primito Alfonso, estúpido, animal... !

No pudo terminar.

El doctor sufrió un amago de congestión y don Burgundófero aprovechó la oportunidad para salir por pies de aquella casa.

—Si todas las especialidades de los médicos son como ésta... — exclamó, aligerando el paso—. ¡ Lo que va a gozar Alfonso cuando se lo cuente... !

... ...

Y a los seis meses dió su apellido al quinto vástago de la colaboración.

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

Colección Inocente

TÍTULOS PUBLICADOS

PRIMERA SERIE

I.—Las angustias de un marido
II.—Una niña difícil
III.—La frialdad de Felisa
IV.—La lección de amor
V.—El cangrejo de Pepita
VI.—Aventuras de una masajista
VII.—Bautismo de amor

SEGUNDA SERIE

I.—El viejo y la niña
II.—Mujeres solas
III.—Flauta y tambor
IV.—El hijo artificial

EN PRENSA

Un marido complaciente

COLECCIÓN "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino. . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula.—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

EDITORIAL H.

BARCELONA

Imprenta Mercantil.—Barcelona